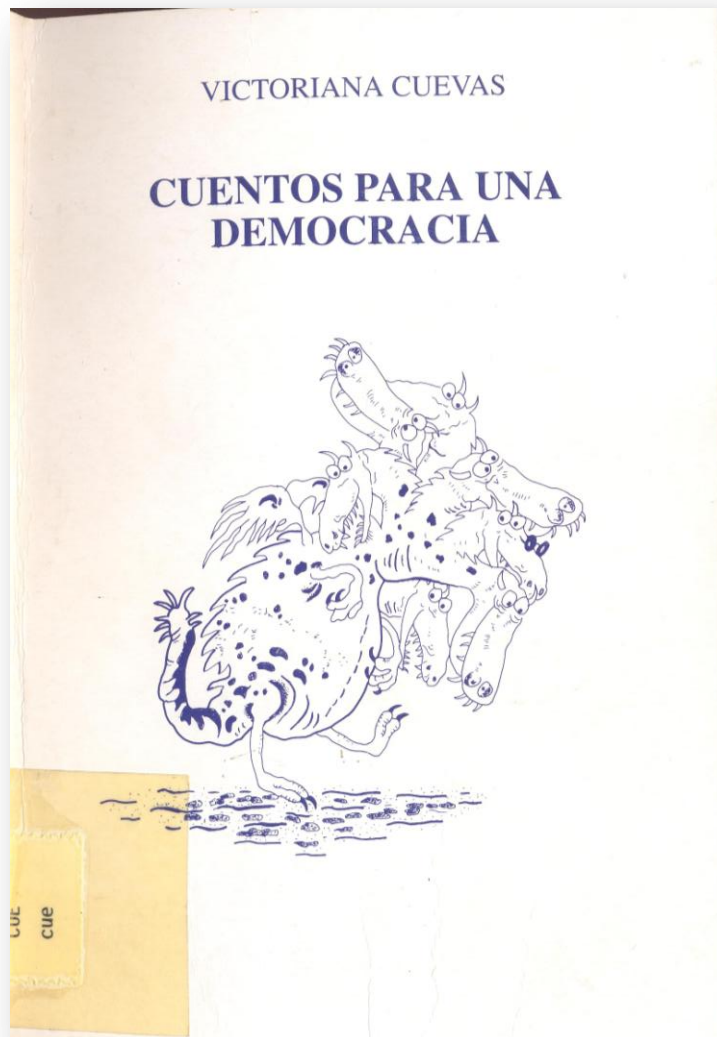


Publicación: **La bruja Concertina.**— En CUEVAS RODRIGUEZ, Victoriana: *Cuentos para una democracia.*—Madrid: Ed. de la autora,1993, pp. 43-45

---



# LA BRUJA CONCERTINA

Allá por el año 1870, en un pueblecito que lleva por nombre Orgaz, había una familia, la componían el padre, 6 hijos y la abuela, que era la que les cuidaba, pues la madre había muerto. Un día amaneció muy malito el pequeño, que por ser el pequeño era el más querido de todos.

La abuela empezó a ponerle cataplasmas, le purgó y no mejoraba, entonces, por falta de médicos o, quizá, por costumbre, se llamó a las mujeres del pueblo, que con hierbas y algún masaje solían curar. Se llamó a una señora, que vivía en la puerta Mora, que tenía poderes para quitar el mal de ojo, que se decía que cualquier persona que mirara al niño con mala intención o envidia se la podía poner. Pero nada, el niño seguía sin mejorar. El mayor, que tenía ocho añitos, como ya andaba por el campo tenía un lagarto que, como siempre que podía, le daba un cachito de pan eran amigos. Aquél día salió a por unos sarmientos y se encontró con el lagarto y, con mucha pena, le dijo: «Hoy no traigo pan ni para mí, pues mi hermano, el pequeño, está muy malito». El lagarto le hizo una caricia y se marchó. El niño siguió andando y se paró

en un sitio al que llaman Cantarranas porque siempre tenía agua y unas grandes junqueras y, entre ellas, se criaban muchas ranas, pero como iba tan triste, también habló con las ranas, que estaban cantando todas a coro. Cuando el niño les contó lo que pasaba con su hermano se callaron, bajaron al fondo y hablaron entre ellas por si podían hacer algo.

A pocas leguas de Orgaz hay un pueblo que se llama Llébenes. Orgaz está en las faldas de los montes de Toledo y los Llébenes en la misma picota. En este pueblo se decía que había muchas mujeres sensitivas, que dicen hoy, entonces se las llamaba brujas. Contaban que en ese pueblo, un señor se encontró una cabra, la cogió de las patas y se la echó a los hombros, y al echársela la miró y dijo: «que dientes tan largos tiene esta cabra», y según cuentan la cabra le contestó: «Más largos los tenía tu abuela», y de un empujón se deshizo de la cabra que, al caer, no era una cabra, era un cántaro.

También contaban que a un sirviente le mandaron a por vino y al pasar por un corro de mujeres, que él conocía, las miró y pensó: «¡Qué estarán cavilando estas dueñas!», ellas se miraron y dijeron: «Dueñas nos ha llamado Manuel Florido a las cuevas de Llepés irá por vino». Salió volando, y a los dos o tres días, cuando volvió, dijo a sus amos que, sin saber cómo, se había encontrado en Llepés y que, como el vino de allí tenía fama de bueno, allí lo había comprado.

Si os cuento todo esto es porque cuando el niño llegó a su casa le dijo su padre que habían pensado las mujeres de Orgaz que fuesen a Llébenes a hablar con una de esas mujeres, a la que llamaban Concertina, y que fuese para ver si podía venir al pueblo a ver a su hermano.

El niño cogió el camino y cuando ya estaba cerca de la sierra y sus ojitos alcanzaban a ver los molinos con sus aspas dando vueltas, pensó en cuantas ogazas de pan se harían con el harina que diariamente salía de esos molinos y se encontró con el lagarto, le hizo una caricia y le contó a lo que iba a Llébenes. El lagarto le dijo que le parecía muy bien, que había hablado con las ranas y que habían pensado también lo mismo. El chico se puso muy contento de que todos pensarán igual. Cuando llegó al pueblo y preguntó por la tía Concertina le dijeron que estaba detrás de un ribazo guardando unas ovejas, y allá se fue y cuando la vio la explicó lo que pasaba con su hermano, pero ella le dijo que no podía ir con el pero que la llevara unos pelos del niño y que diría lo que había que hacer.

El niño volvió a su casa y su padre le dio un puñado de pelos del niño, éste volvió corriendo a Llébenes, por el camino le animaban los gorriones, las palomas, los vecinos que estaban en el campo y, como no, el lagartito. Cuando llegó, aquella señora se echó los pelos en la mano, los pelos se retorcieron y brincaron. El niño, al ver esto, se asustó y salió corriendo, pero la señora le dijo a gritos: «Hijo, cuando llegues a tu casa tu hermano estará riendo».